

El cuerpo como elemento constitutivo del cine de terror. Paralelismos entre *The Substance*, *The Rejuvenator* y algunas realidades

Por José Jayro Bermúdez Martínez

The Substance (2024). Dirección: Coralie Fargeat
The Rejuvenator (1988). Dirección: Brian Thomas Jones

Nadie puede negar la importancia y trascendencia del cuerpo a nivel narrativo y estético en la cinematografía de terror, es a menudo este elemento el de las causas y efectos, el de la territorialización y disputa en los conflictos y situaciones narrativas, mismas que un día nos parecerían únicas de plantearse en el cine de terror y que en la actualidad son cada vez más cercanas a nuestra cotidianidad.



El cine de terror está construido bajo una narrativa antagonónica, dicotómica y dual: “bueno y malo”, “Dios y Diablo”, “Ángel y Demonio”. Desde una posesión demoníaca, pasando por destazamientos infringidos por asesinos seriales o slashers, hasta maldiciones o entes que atormentan y merman nuestra capacidad física y mental. Todo el género de terror está asentado sobre la base del cuerpo y lo que el mal puede hacerle para corromperlo, descomponerlo, atrofiarlo, deformarlo o desaparecerlo. Las acciones que cada película de terror plantea para poder evitar todo lo anterior, harán que una película sea un digno exponente del género o una más del montón.

•El cuerpo como elemento constitutivo del cine de terror. Paralelismos entre *The Substance*, *The Rejuvenator* y algunas realidades.

Es justamente de esta manera que *The substance* (2024), o “La Sustancia” como se nombró en Latinoamérica, logró colocarse casi de manera orgánica (sin millones invertidos en publicidad por parte de su productora) en el gusto del público, principalmente por causar enorme sorpresa e incluso aversión ante lo que la cinta muestra tanto en sus imágenes como en su discurso. Secuencias fílmicas con colores fuertes y brillantes, formas alucinantes, delirantes planos detalle y una diversidad de ángulos que dotan a la cinta de un dinamismo frenético y constante, teniendo como elemento central al cuerpo entre su eterna ambivalencia de la juventud y la vejez.

Y es que parece ser que lo que atrajo a las personas al cine para pagar un boleto por *La Sustancia* ha sido el interés por mirar lo turbio, lo prohibido y lo escabroso del proceso de ir de la juventud a la vejez y viceversa, en un lapso de tiempo completamente desigual e irregular a lo que la propia tendencia biológica ha marcado de manera natural y comprensible.

Sin embargo, es importante hacer notar el hecho de que esta premisa ya se había explorado y bajo la misma lógica argumental: una mujer de avanzada edad de la industria del entretenimiento que al inminente rechazo por su vejez busca a través de la ciencia médica volver a la juventud, tratamiento que pese a tener éxito al inicio, es permanente, dependiente y de por vida, la inconsistencia e irregularidad en el cumplimiento del tratamiento lleva a consecuencias inauditas y terribles en la corporalidad de las protagonistas, convirtiéndolas en monstruos.

La primera película en explorar dicha temática fue *The Rejuvenator* (1988), una película del género de terror de serie B dirigida por Brian Thomas Jones que pasó desapercibida en una época en donde el cine de terror B triunfaba de manera heroica, al tener grandes personajes e ideas realizadas con muy poco presupuesto. Quizá jugaron varios aspectos en contra para que *The Rejuvenator* pasara sin pena ni gloria en su estreno en salas de cine y comercialización en formatos caseros: un guion flojo, malas actuaciones y pésimos diálogos no lograban conjugarse para dotar de interés al espectador sobre el arco argumental. Sí, lo realmente destacable es el trabajo de maquillaje y prostéticos sobre nuestra protagonista, y que ahora, ejecutado magistralmente 36 años después logra cautivar a la audiencia y a la crítica con *La Sustancia*, película que como se dijo anteriormente, recu-

pera todo el argumento, conflicto y elementos visuales de *The Rejuvenator*.

Lo que se intenta señalar es el hecho de que una misma línea narrativa y un mismo conflicto fracasaron en 1988, pero ha sido exitoso en el 2024. No es coincidencia, ni casualidad que el día de hoy el ojo teórico y crítico esté puesto sobre una sociedad regida por la visualidad y el consumo, mucho más punzante ahora que en el cada vez más distante 1988. Desde Marx y Engels, pasando por Benjamín, Adorno y Horkheimer en inicios y mediados del siglo XX, hasta Deboard, Lyotard, Deleuze, Derrida y Lipovetsky en los comienzos y continuidad del siglo XXI, todos ellos han colocado el dedo índice señalando cómo nuestra relación con el mundo natural se infravalora exaltando únicamente las cualidades de este para convertirse en bienes de consumo, expandiendo el rango de cosas que antes no eran y ahora son mercancías, convirtiéndonos así en una sociedad que apologiza el consumismo, no para la satisfacción más elemental de nuestras necesidades fisiológicas, sino únicamente por la búsqueda insaciable del placer por el placer, una sociedad del espectáculo, hedonista y enajenada de nuestra realidad natural caótica y en decadencia.

Es así como todas y cada una de las industrias se apoderan de los recursos naturales renovables y no renovables de nuestro mundo, con el afán y el discurso de producir para la satisfacción de las necesidades elementales del ser humano: la industria alimentaria, la industria automotriz, la industria refresquera, la del agua embotellada, la industria de la agricultura, la industria textil, y la que nos interesa para este momento, la industria cultural o mejor llamada del entretenimiento. Pues esta última es la que como bien menciona Paul Lazarsfeld (2019) con la disfunción narcotizante, una disfunción propia y única de los medios masivos de comunicación, “nos enajena de nuestra realidad”. La industria del entretenimiento es la que mercantiliza los cuerpos, las ideologías, las rutinas, las modas, las actitudes, y hasta la forma de ser y relacionarnos. Los grandes estereotipos del “buen vivir” han pasado de los medios masivos tradicionales como el cine y la televisión, a los nuevos medios o redes sociales. Ahí, en plataformas como Instagram o Tiktok, la juventud, la belleza, el nivel socioeconómico y los cuerpos, son la principal moneda de cambio, los influencers dictan cómo debemos de ser y cómo debemos de vernos, qué debemos comprar y qué

•El cuerpo como elemento constitutivo del cine de terror. Paralelismos entre *The Substance*, *The Rejuvenator* y algunas realidades.

no, dónde sí, y dónde no.

El mundo de las redes sociales es un mundo regido por la industria del entretenimiento, que rige y dicta los modos del ser y de vivir en una sociedad dispuesta únicamente para consumir a toda costa y esto es lo que se vislumbra tácitamente en *La sustancia*, es tan así, que nuestra protagonista Elisabeth, magistralmente interpretada por Demi Moore, no tiene de otra que volver a ser joven y bella o desaparecer del mapa; sin importar cuantos años de su vida dio a la industria, ni al público, pues ellos solo están dispuestos a consumir, siempre y cuando los actores de dicha industria cumplan con los estándares que ellos mismos han impuesto durante tantos años.

De esta manera *La sustancia* nos muestra una sociedad del espectáculo mediatizada por las imágenes de una súper estrella femenina joven de tez blanca llamada Sue, ejemplarmente interpretada por Sarah Qualley, quién además es muy delgada, con ojos de color, curvas despampanantes y una sonrisa encantadora, el producto perfecto para cautivar y dirigir a las masas, la belleza canónica por excelencia potenciada por los shows televisivos, portadas de revistas especializadas, patrocinios de grandes marcas y la adulación de las masas.

Y es que la idea de que la belleza y el éxito van de la mano, justo como se muestra en *La Sustancia*, no es una noción aislada de la ficción, es de hecho una realidad tangible. Para tener éxito en el cine, la televisión o las redes sociales, la belleza es un plus diferencial, pues son medios regidos por lo visual, donde las habilidades o destrezas quedan en segundo plano, relegadas por la atracción de lo bello y lo sublime. Creer que nuestro valor como personas radica en nuestra apariencia física es una de las aseveraciones más duras que la propia realidad y experiencia han suturado en la cotidianidad misma: “como te ven te tratan”, “la primera impresión es la que cuenta”, “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”, y otros tantos dichos populares que enfatizan sobre cómo nos vemos y cómo deben percibirnos los demás.

En este vaivén de la apariencia física y lo corpóreo entre la juventud y la vejez, la trama de la película avanza de manera regulada, constante y correlacionada, a mayor éxito y gloria de Sue, mayor sufrimiento y degradación de Elisabeth. Entendiendo que aunque ambas son una misma, cada versión tiene

sus propios intereses, mientras Sue está expuesta a los ojos del mundo, Elisabeth se esconde en las sombras de su penthouse, estos mismos intereses las llevan irremediablemente a ambas a desregular las dosis y tiempos de su tratamiento que parece ser totalmente de índole genética y así conducen la situación a un punto límite de no retorno.

El verdadero punto de valor en el que *La Sustancia* se convierte en un referente a mi parecer está justo en el clímax y desenlace, en ese punto de no retorno, en el que el daño infringido al cuerpo de Elisabeth es irreversible, en donde su degradación llegó a tal punto de descomposición y deformación total, por lo cual Sue termina eliminando a Elisabeth y, por lo tanto, eliminándose a sí misma, lo cual le comienza a traer repercusiones a su corporalidad. Ninguna acción se salva de sus consecuencias, y es algo importante para las audiencias, pues otro de los lemas instaurados en la cultura popular es la idea de que la belleza cuesta, de que requiere sacrificios y sufrimiento, y así nos va, sometiéndonos a costosos y dolorosos tratamientos quirúrgico-estéticos en cuero cabelludo, rostro, pechos, glúteos, genitales, extremidades y más. Así como dependencia a tratamientos farmacológicos y terapias experimentales. Como podemos ver, todo lo que describe y muestra *La Sustancia* no está alejado de nuestra realidad.

Por consiguiente, al ver ya afectado su propio físico y sin el cuerpo original base de Elisabeth disponible, Sue no tiene otra opción más que buscar clonarse a sí misma, una copia de la copia. Por alguna razón el cine siempre nos ha mostrado que todo lo que tenga que ver con experimentos en genética nunca termina bien. Y aquí es donde la película pasa a su punto cumbre, pues el impactante cuerpo deforme y atroz que surge es una oda al cine de terror, una sacudida para el espectador y una enorme crítica a la industria del entretenimiento, pues esto es justamente lo que están creando, monstruos. No en el sentido literal, sino en una evidente metáfora, crean productos para el consumo de forma deshumanizada, sujeta hasta el último momento al aspecto físico, a la perfección corporal. No hay manera de que esto sea sustentable para ninguna persona, y la cinta enfatiza en ello.

•El cuerpo como elemento constitutivo del cine de terror. Paralelismos entre *The Substance*, *The Rejuvenator* y algunas realidades.

Es de ese modo como este adefesio genético malformado y grotesco se abalanza sobre el teatro donde se llevará a cabo el evento mediático del año, impresentable, difícil de ver y digerir, así llega, con su vestido de gala a cumplir tal y como estaba pactado en el contrato, era su noche, su momento, nadie iba a quitárselo, y así fue, salpicando a todos esos personajes importantes de la industria con sus fluidos corporales, grasa, sangre, orina y heces, con los reflectores y las cámaras tintineando. Un espectáculo único, singular, un festín visual de carne, sangre y vísceras que concluye con la condena y el rechazo total hacia lo que no es bello ni agradable a la vista, desvaneciendo a este ente indeseado hasta su más mínima evaporación en la estrella que supuestamente inmortaliza a los artistas. Ese final tan impresionante que hizo a más de uno cerrar los ojos o irse de la sala de cine, es lo que me parece realmente invaluable en la película, me parece que es lo que la hace ser un referente del cine de terror contemporáneo, y claro que la película debe catalogarse dentro del género de terror, ¿qué más terror tiene el humano que envejecer y morir? O de no cumplir con los estándares de belleza que se ha impuesto a la sociedad. El punto aquí es que claro que el final de la película es poético, la Estética como disciplina filosófica no contempla únicamente lo bello y lo sublime, Estética no es sinónimo de belleza como mal se ha empleado el término en medios digitales, lamento decírselos. La fealdad, lo horroroso, lo asqueroso, lo desagradable, también son categorías estéticas, derivan en sí de la experiencia y los juicios de valoración. Y en ese sentido lo más horroroso y desagradable de *La Sustancia*, termina siendo lo más bello y emotivo para nuestra reflexión del día a día.

Referencias

Toussaint, F. (2019). *Crítica de la información de masas*. Trillas México.

